

La Mediación Pedagógica: una nueva perspectiva en la formación de valores educativos”

Olga María Abaunza Sandino
Francisco José Mendoza Darce

Se acusa a las Universidades de América Latina de que, durante los últimos treinta o cuarenta años, han estado formando profesionales calificados como “exitosos” por la sociedad donde ejercen su profesión. Pero en qué consisten sus “éxitos” personales alcanzados en las empresas privadas y públicas? En qué han contribuido realmente cientos de miles de profesionales de universidades para solucionar los dramáticos problemas de América Latina en general, y de Centroamérica en particular, durante estas últimas décadas caracterizadas por el continuo deterioro económico, social y ecológico de estos países “?

No será que por falta de investigación honesta sobre la realidad; por falta de reflexión y conciencia crítica; por minusvaloración de sus enormes potencialidades para generar universitariamente positivos cambios sociales, económicos y políticos; por cierta concepción falsa del perfil de un profesional aséptico y sin compromisos sociales, etc. ¿ No será que no pocas Universidades de América Latina han colaborado ingenuamente en el mantenimiento de estructuras injustas del sistema de turno, reproduciendo y aún reforzando una estructura social y una verdadera cultura de la pobreza que es inmoral y autodestructiva?

Nunca más importante que hoy el papel de la universidad en la construcción de un mundo más humano y de una sociedad más justa para formar fuertes capacidades en los sectores líderes del gobierno y de las fuerzas sociales y grupos de presión con el fin de dirigir con éxito la participación en el nuevo juego mundial.... la construcción de alianzas Inter e intrasectoriales firmes que garanticen la capacidad de ejecución de políticas y de estrategias de largo alcance.

Ante el poderoso embrujo del fenómeno de la globalización, ante las imposiciones de los prepotentes bloques del Norte sobre las débiles naciones del Sur, y para no caer en límites más bajos de pobreza, no queda a América Latina, sino “generar” un consenso social regional bajo el liderazgo de competentes sectores públicos y privados. Pero sobre qué institución, si no son las universidades, cae la responsabilidad histórica de preparar profesionales excelentes en todos los aspectos, y que sean los líderes de esos competentes sectores?

Hoy todavía es posible, mediante la investigación y la formación de extraordinarios profesionales, encontrar las respuestas adecuadas y congruentes que nos permitan integrarnos con libertad y éxito, a los proyectos de globalización, sin destruir nuestro medio ambiente. Pero la pieza clave es la formación de excelentes hombres y mujeres que, desde

un conocimiento objetivo de la realidad (léase “investigación “), y con una preparación fuera de serie, sean capaces de formular y ejecutar los proyectos pertinentes para impulsar un desarrollo sostenible en nuestros países.

Algo muy importante: a estos líderes natos de las aulas de clases, hay que formarles en la disponibilidad para ser no sólo transformadores personales de situaciones y estructuras, sino sobre todo, formadores y asesores de otros líderes en potencia que los necesitan (microempresarios, pequeños industriales, cooperativistas, etc). Es decir, el buen profesional tiene que generar sistemáticos efectos multiplicadores formando miles y miles de personas a nivel de su localidad.

Pero debe ser un profesional que se reconozca como una “sinfonía incompleta” que debe irse completando constantemente hacia una perfección cada vez más armónica e integrada. Debe sin embargo, ser un ciudadano formado que sabe distinguir entre el “ser más” y el “tener más “. El “querer tener para si”, es pretender tomar posesión del mundo y de los otros. Es una tendencia sana cuando se enfoca a asegurar y expandir normalmente la propia vida individual (Ser más); pero es una tendencia y una práctica negativa, que va en contra del “ser más”, si se convierte en competencia morbosa con los demás o en neurosis de posesión, en angustia permanente de “nunca poder tener lo bastante”.

Para esto, en la universidad y mientras estudia, el alumno tiene que “aprender a ser persona” antes que o mientras se aprende a ser profesional. Imposible ser un buen profesional sin antes ser plenamente persona.

El llegar a ser plenamente persona, es un ideal que hay que ir aprendiendo y desarrollando en la universidad y siempre; integra una serie de notas complementarias que no pocos pensadores proponen como características ideales al hombre y a la mujer, y que se sintetizan en:

Ser “Homo sapiens” (hombre sabio), es decir, crecer más y más en sabiduría, en saber pensar, saber aprender, alcanzar una excelente preparación académica, tanto teórica como práctica.

Ser Homo faber” (hombre trabajador); significa la naturaleza física y social, con su trabajo tenaz, inteligente.

Ser “Homo ludens” (hombre que juega); quiere decir saber gozar sanamente, sentir la alegría de la vida y saborear la belleza de la creación divina y de la recreación humana. Ser un “Homo contemplativo”, que goza y contempla las maravillas de la naturaleza, y las cuida con amor.

Ser “Homo concors” (Hombre armónico en su corazón), que convive armoniosamente consigo mismo, con la naturaleza y con los demás. Que vive en muchedumbres, pero que convive; vive con –empatía, simpatía, cooperando, colaborando, conversando. Vive no para competir, sino para compartir.

Ser “Homo aeticus” (hombre ético), es decir, tener conciencia de lo que deber ser y hacer en su vida moral. Esto produce orden, paz, justicia. De aquí surge la comprensión social.

En este sentido, una reforma universitaria deberá apuntar hacia una formación técnica y humanista; una formación integral, que cultive conocimientos, habilidades para que el estudiante se apropie de la dimensión técnica, pero que también, valores que le cultiven en la comprensión de una dimensión social de la realidad, del conocimiento y de la técnica misma.

Debemos educar a nuestros estudiantes con el sentido crítico necesario, como para que puedan desenmascarar los verdaderos y ocultos intereses prácticos que animan y se exponen en los escaparates, en la fachada y en la dimensión política de la sociedad.

Esa formación integral debe hacerles y formarles como seres inteligentes, capaces de hacer y de utilizar la técnica, la cultura. Pero sensibles y comprometidos con las grandes causas de su pueblo, de su propia historia e identidad. Este tipo de formación deberá evitar que sean asimilados por el sistema, por el tipo de sociedad que se da por establecida, en la que la inteligencia ha sido callada por la política desvirtuada, y donde los intereses de unos pocos ahogan las necesidades de las grandes mayorías.

En esta realidad, la actividad académica no se limita a una relación meramente didáctica entre el profesor y el estudiante; incluye las delicadas tareas de hacer ciencia; de confrontar el saber con la realidad. Es por eso, que la universidad, debe propiciar el desarrollo de las ciencias y las humanidades, de tal manera que se pueda construir una imagen transparente del cambio y desarrollo autónomo de nuestra sociedad.

Los protagonistas del proyecto universitario son: el profesor y el estudiante. En nuestra época se dan nuevas circunstancias en la vida social, económica y política, que demandan una nueva concepción de las relaciones entre los componentes humanos de la Universidad.

Podría afirmar que el ser humano, a lo largo de su historia, va buscando y se va aferrando a motivos y a experiencias exitosas en su convivir e interactuar con la naturaleza y con sus congéneres.

Y resulta que al nacer, ya encontramos un mundo “hecho” por la generación o generaciones anteriores, y que nos corresponde, sobrevivir y recrear ese mundo, a nuestros intereses y de nuestros hijos. Al menos, ese es el reto.

Resulta entonces que el individuo se encuentra ante dos realidades; la realidad macro o histórico-social, la que se nos impone o en la que nos correspondió nacer y crecer, y por otro lado, la realidad más específica, el microambiente del individuo.

El primer escenario corresponde al de la formación socioeconómica y política, a la sociedad en su visión más general. Es la cultura en que nos correspondió vivir y la que se nos ha pretendido acuñar por diversos medios y formas de la educación formal y no formal. Es el escenario que pone las reglas y establece los valores. Es el escenario que le pone nombre color, sabor, tamaño y sentido a todo cuando existe. Por otro lado, el escenario, marca el ambiente familiar y más próximo en que nace y se desenvuelve el individuo. Le asignará

en gran medida, pues le impondrá un tipo y nivel de nutrición, de instrucción y recreación. Le marcará en las aspiraciones y le acorralará en el accionar por el mundo. Es el escenario que le presenta problemas y necesidades, situaciones que le particularizan para con otros congéneres nacidos en la misma sociedad.

El primer escenario tiene resonancia en el segundo. El ambiente macro impacta en el micro ambiente. Lo atropella, lo inunda, lo avasalla. Pero el individuo trata y lucha por “sobrevivir”, y es cuando comienza a probar, a experimentar salidas. Y cuando encuentra salidas exitosas, las graba, las memoriza. Y entonces, aparecen las significaciones positivas y negativas.

En medio de ese drama, de manera formal el individuo capta y memoriza los códigos que le dicta y establece el primer escenario, el macro ambiente, pero a su vez, el individuo selecciona y se apropia y crea sus propios códigos, principalmente de aquellos que le resuelven en su mundo más personal, o que el son más significativos.

Por algo se dice en nuestra cultura popular “.....aprendió en la escuela de la vida”. O lo sentará y le dice “.....ya la vida te va a enseñar!!!!”. Y aprenderá cuando asigne valor, o cuando tenga un código muy personal para determinados significantes.

Quizás en esto radica el gran dilema o reto de la educación y de los aprendizajes. Hay que luchar porque lo que el alumno estudia, le sea significativo, que se le corresponde con su realidad histórico social, que le habilite y posibilite para vivir, para sobrevivir, para triunfar, para ser feliz y para poder ser un constructor de un mundo mejor.

Pero esta significación deberá forjarse de acuerdo a las edades y sus intereses y también de acuerdo a los signos de los tiempos. Esto estará reflejado en la filosofía de la currícula. Y responderá a las grandes interrogantes: ¿A quién educar? ¿Para qué educar?

Retomamos el siguiente pensamiento: “...En educación no debe hacerse nada que no tenga significado para el que lo hace. Y Freire decía: educarse es pronunciar (significado) la realidad.

En cuanto al profesor podemos señalar que su relación con el estudiante, en la época moderna, debe ser más directa y productiva y por lo tanto más democrática, dejando atrás el paternalismo proteccionista y el autoritarismo del pasado. El acelerado desenvolvimiento científico y técnico, obliga al docente a estar al día en sus conocimientos y demostrar el valor de la teoría en la práctica. Por lo tanto, el docente debe ser estudioso y su mente inquisitiva.

Las distintas alternativas que ofrece la época moderna en la producción de bienes y servicios, en la comunicación interpersonal, en los transportes, y en general en la diversidad tecnológica, ***hacen peligrar la función propiamente pedagógica del profesor, que debe ser eminentemente formativa e impulsadora del bienestar colectivo, a partir de una concepción humanística de la vida. Corre el riesgo, no obstante, de convertirse en un “enseñante”, con un enfoque pragmático, que sólo favorezca la dependencia y el consumismo.***

El desarrollo de los medios de comunicación colectiva y la proliferación de diversos recursos audio-visuales, han llegado a constituirse a manera de una “Escuela Paralela”, que por una parte está constantemente produciendo mensajes con mayor o menor valor educativo; y por otra, emplea formas rápidas y modernas de comunicación. Esta modalidad obliga a la universidad a impulsar el desarrollo del espíritu crítico en los estudiantes de tal modo, que les permita identificar lo intrascendente y hasta nocivo de los mensajes; a diseñar estrategias metodológicas y didácticas atractivas, que puedan “competir”, por decirlo así, con los programas que generan y divulgan los medios de comunicación colectiva.

Actualmente el trabajo intelectual se enfrenta con dos posiciones que se disputan a la clientela estudiantil: EL PARADIGMA ESTERIL E INTRASCEDENTE y el HUMANISMO FORMATIVO, con proyección histórica y exaltación de nuestra identidad y nuestros valores. En el ámbito universitario esta antinomia debe ser resuelta y por eso nos compete velar por la formación integral del estudiante, de tal forma que cultive sus valores superiores y se prepare en una especialidad profesional, orientada a la satisfacción de las necesidades más sentidas de la sociedad.

Por lo antes expuesto, es preciso vivir en nuestra sociedad un proceso de recuperación de los principios morales o de los valores más humanos y diseñar, entre todos, un código de valores compartidos sobre el que construir nuestra y nuestros proyectos educativos. Es preciso, en fin, que asumamos todos, cada uno desde su responsabilidad, un nuevo proyecto de HUMANISMO para el presente y para el futuro de nuestro mundo contemporáneo.

Y esto, por supuesto, es tarea de la Universidad, Don Federico Mayor Zaragoza, director general de la UNESCO, nos lo concreta y centra nuestra reflexión sobre esa tarea: “En estos tiempos se necesitan más que nunca valores, puntos de referencia, y es necesario y urgente un plan de acción educativo basado en tres grandes pilares: la no violencia, la igualdad y la libertad. Estas deberán ser la base de la educación en todos nuestros países, cualesquiera que sean sus creencias, sus principios religiosos o sus sensibilidades culturales. El reto actual es crear un humanismo nuevo para el siglo XXI”.

Es por eso, que consensuar valores para la Universidad y para el proceso educativo es hoy una de nuestras primeras y principales tareas en el contexto de un diseño curricular abierto y flexible. Una tarea cuyo punto de partida no puede ser otro más que el de aquellos valores que sustentan la vida y la convivencia en una sociedad democrática, como son: Justicia, Solidaridad, Libertad, Igualdad, Tolerancia-Respeto, Vida, Paz, Salud, y Responsabilidad.

Las circunstancias en que se desarrolla la vida moderna, al igual que ocurre con la actividad del profesor, repercute grandemente en los rasgos que caracterizan a la juventud actual y sus aspiraciones.

Estudios realizados en Universidades Latinoamericanas, coinciden en apuntar que el estudiante actual ha cobrado mayor importancia social que en el pasado; y que se ha convertido en un factor activo en la dinámica social. Tiene aspiraciones de involucrarse de manera directa en el desarrollo del país e intervenir en los problemas económicos, sociales, culturales y políticos que afectan el desenvolvimiento de nuestras naciones.

Uno de los principales riesgos que perturba la actividad estudiantil, proviene de la profunda distorsión de los valores que padece la sociedad actual; de los riesgos que genera el narcotráfico y de la violencia, que en mayor o menor grado ha surgido en muchos países de la región.

Existen también multitud de factores positivos que colocan en ventaja a los estudiantes universitarios, tales como: mayor acceso científico-tecnológico; proliferación de los medios de comunicación, que propician condiciones de autoaprendizaje e investigación y una actitud más abierta y comprensiva de los grupos organizados que favorecen la participación de los jóvenes universitarios.

El estudiante universitario tiene, según investigaciones de Ricardo Nassif (Docencia e Investigación: Bases para una Metodología de la Enseñanza Superior, Sta. Fé, 1998), las características siguientes:

- Maduración más rápida para las funciones sociales
- Mayor participación ideológico-política
- Abandono de lo formal, dando paso a lo práctico
- Mayor desenvolvimiento del espíritu crítico
- Aspiración de participar rápidamente en la vida social
- Búsqueda de una sociedad más justa y democrática
- Le atrae discutir sus problemas y sus inquietudes

Por supuesto que en las aulas de la Universidad siempre existen distintos tipos de estudiantes, entre los que podríamos localizar los siguientes:

- Estudiantes sin motivaciones
- Estudiantes bien dotados y bien motivados
- Estudiantes con limitaciones académicas
- Estudiantes autoritarios, etc.

Cada uno de estos tipos de estudiantes requiere distintas formas de tratamiento ya que presentan distintas posibilidades de éxito.

No obstante, la Universidad debe comprometerse con la formación de un estudiante con **ESPIRITU UNIVERSITARIO**, que responda a sus más plenas virtualidades, con un afán por conocer, vivir e interrogar las verdades trascendentes acerca del mundo y del hombre, ha de ser generador de una cultura que incluya la dimensión religiosa, ha de empapar todas las ciencias en el sentido cristiano de la vida y de toda la realidad.

Debemos formar un universitario enfrascado en la búsqueda porfiada de la verdad, el hábito intelectual de reflexionar sobre ella, el cultivo de la mente, la consideración de las cuestiones culturales más relevantes, de mayor trascendencia para el hombre. Esto hace que el universitario, si realmente lo es, sea un hombre o mujer de criterio. Tener un criterio recto significa disponer de respuestas acertadas ante situaciones y problemas, no sólo sobre asuntos específicos y particulares relativos a conocimientos del área científica, sino también sobre los de mayor relevancia; supone ser capaz de encuadrar los hechos y los argumentos

dentro de las coordenadas apropiadas, juzgar de lo que sucede, de lo que se plantea en la vida personal y social, con visión serena, ponderada, ajustada a la realidad, gracias a unas convicciones sólidamente formadas conforme a la verdad, y al hábito adquirido de dar a cada cosa su verdadero valor.

Nuestros estudiantes deben ser personas preocupadas por entrenar el entendimiento en el trabajo intelectual, a percibir correctamente las cosas, a poner para ello orden, método, sistema, a distinguir entre la regla y la excepción, a poner en juego la capacidad y las potencialidades personales para conocer la verdad sobre las cosas y sobre lo que sucede e ir más allá de lo que los sentidos perciben.

Un Universitario de hoy debe poseer un amor apasionado por la libertad la que surge de la profunda convicción de la elevada dignidad de la persona humana la que es imprescindible para alcanzar la verdad mediante el estudio, la reflexión y la investigación científica. Al mismo tiempo que debe ser celoso de su libertad personal, debe ser responsable y defensor de la libertad de los demás y sobre todo, un buscador de la verdad quien como futuro profesional buscará e interrogará constantemente la verdad. Como dicen los versos de Antonio Machado: ¿Tu verdad? No, la verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya guárdatela.

En síntesis, nosotros los universitarios debemos luchar por el despertar de la ilusión en los alumnos y alumnas: ilusión de vivir y de trabajar por un programa de vida positivo, creador y, porqué no, basado en el sentido más dinámico de la esperanza y de la utopía. Esta utopía “que no tiene bastante con lo posible y que levanta huracanes de rebeldía”; utopía que, como canta Juan Manuel Serrat, es “dulce como el pan nuestro de cada día, nos vuelve gigantes en miniatura y nos alumbra el nuevo día”.

¿Y qué decir del Maestro en nuestros nuevos días y en el contexto dramático del nuevo siglo que ya nos amaneció?

El nuevo maestro y la nueva maestra universitaria deben ser un hombre y una mujer de su tiempo. Amantes apasionados de su profesión, ya sean ingenieros, licenciados, doctores, arquitectos, técnicos, etc. Ellos deben ser conocedores actualizados de las grandes disciplinas que conforman el ejercicio de su profesión. Pero no deben ser una simple enciclopedia; más bien deben ser hombres y mujeres que están preparados para buscar, procesar, organizar y significar información académica, sobre todo en el campo de su especialidad.

Estos profesores deben ser en su interior, precisamente “Seres con esperanzas”. A pesar de todas las tragedias nacionales, a pesar del lodo y de la corrupción, por encima de la lacra visible, aún contra toda posibilidad, ellos deben ser Seres convencidos de que todavía estamos a tiempo, que aún hay salidas para la crisis. Y lo más importante, el poder reconocerse como “partes comprometidas de la solución”, y conscientes que ante sí, sus discentes son la verdadera esperanza, la razón del cambio y de la solución.

Estos profesionales magníficos que acceden a la cátedra, deben amar la carrera docente. En esta labor deben encontrar un auténtico sentido a su realización profesional y personal. De

su profesión docente deben tener un alto concepto y estima, en la certeza de que su labor es valiosa, necesaria y de trascendencia en la vida de sus estudiantes y de impacto positivo para el desarrollo de la nación.

De manera deseable, nuestros catedráticos de hoy deben ser empáticos, alegres, entusiastas, comunicativos. Los necesitamos expresivos, con entonaciones de voz que acompañen y expresen emociones diversas en sus alumnos. Los recreamos de buen timbre de voz y con presencia escénica en el aula de clases. Deben poseer la capacidad para verlos a todos y todas (sus alumnos y alumnas), pero poder reconocer a cada uno en la particularidad de su personalidad. En materia de evaluación educativa, debe poner más empeño y crédito en la evaluación formativa, antes que en la sumativa.

Este profesor de nuestros tiempos, debe ser un ciudadano tolerante para con las diversas concepciones políticas, ideológicas, religiosas, y en todos aquellos campos del saber y de la conducta que hoy por hoy dividen a la humanidad, y polarizan a nuestra sociedad en particular.

Nuestro profesor y maestra de hoy en día, deben ser autodidactas empedernidos. Preocupados siempre por su formación y actualización profesional. Pero también abiertos al disfrute y al cultivo de una cultura universal. No especialistas en todo, pero conocedores de mucho: de arte, ciencia, tecnología, historia, geografía, cine, deportes, teatro, política, etc. Y que esa erudición contagie a sus alumnos en ansias por conocer y saborear la cultura universal.

Este profesor y maestra, deseables en nuestro tiempo, deben poseer capacidad de liderazgo ante sus estudiantes y en la comunidad universitaria. Un hombre y una mujer “no de problemas”, sino de “soluciones”. Atrevidos, emprendedores, imaginativos. Creemos que hoy en día, y en nuestro medio académico y administrativo, deben ser un “poco anárquicos” en medio de tanta burocracia. Siempre será mejor y preferible que los vivan “atajando”, antes que “empujando”.

Sin falta, deben ser honestos. Incorruptibles al soborno y al fraude de cualquier tipo. Muy respetuosos en sus relaciones. Aunque deben ser amistosos y muy cercanos al grupo estudiantil, deben saber guardar las necesarias distancias en aquellas relaciones y circunstancias que les comprometen en su dignidad e integridad como maestros.

También la sencillez debe ser una cualidad necesaria de estos profesionales de la docencia universitaria. Muy a pesar de su estatura académica, deben estar a la altura de las necesidades afectivas y de las debilidades anímicas, emocionales y materiales de sus alumnos. La solidaridad de ellos debe ser manifiesta y comprometida en las circunstancias de vida de sus estudiantes.

La disposición al trabajo debe manifestarse en todo tiempo. Por esto, deben ser profesionales entusiastas, siempre dispuestos a colaborar, a enseñar, a producir, a investigar. Obviamente, son y serán personas muy ocupadas, pero con el don de la accesibilidad para la consulta y el apoyo a sus alumnos.

Permítannos compartir con este Auditorio tan selecto, que estas cualidades o virtudes que acabamos de esbozar acerca del perfil deseable para un profesor o maestra de nuestros tiempos, no constituyen una utopía. Son una realidad en nuestra Universidad. Conocemos personalmente a quien nos ha inspirado y motivado en este perfil. Es un colega de nuestra Universidad. Las puntuaciones en las encuestas evaluativas que resuelven los estudiantes sobre el desempeño docente, lo califican y ubican tan alto, y tan alto como él, nadie le supera. Hemos tenido la oportunidad de conocerle, de interactuar, de trabajar en comisiones docentes.

Este profesor que con su personalidad y desempeño docente nos ha motivado en este perfil, existe y no es profesor de primera carrera. Es un ingeniero, pero ha llegado a ser todo un Maestro. No trabaja a tiempo completo para la Universidad, y su contratación es horaria, de tiempo parcial y con dedicación exclusiva para la docencia, pero se ha entregado de lleno al quehacer universitario, y en el limitado tiempo de su presencia, hace, construye, participa, colabora, contagia, entusiasma, anima, y en esa unidad de tiempo limitado, hace mucho más que varios profesores de planta.

Este perfil de profesor deseable, no es un quijote imaginario. Es un ser humano con don de gente, que existe y que mucho apreciamos en nuestra Universidad. Y no es el único. Hay muchos maestros y maestras a quienes rendimos nuestro tributo de admiración, de respeto, de reconocimiento. Son instituciones vivientes en nuestro medio académico. Son y han llegado a ser “Personas Necesarias”, sin las cuales algo faltaría en nuestro diario vivir y quehacer académico.

Si hemos esbozado estos perfiles deseables de nuestros alumnos y profesores para este nuevo contexto educativo, entonces de manera congruente con ellos como personas, debemos proponer que hay que preparar al profesional con lo que hoy se llama “aprendizajes innovativos”, los que forman al futuro profesional para situaciones y perspectivas siempre cambiantes de problemas no previstos; es lo opuesto a la posición conservadora del llamado “aprendizaje de mantenimiento”.

En resumen, hay que privilegiar la formación de las “habilidades del pensamiento”, el “razonamiento lógico”, el “espíritu de cuestionamiento y de análisis de la realidad”. Incluso hay autores que se preguntan si no ha llegado el momento de programar el pensum académico en función de la formación de las habilidades del pensamiento y de su aplicación, en vez de hacerlo, como se suele ordinariamente, en torno a los contenidos científicos y a los temas tradicionales, tal vez en parte y caducos.

Los antiguos latinos formulaban sabiamente estas ideas diciendo, a propósito de la selección de contenidos, que era mejor pocos contenidos analizados y comprendidos profundamente que muchos contenidos superficialmente tratados. La mera asimilación de contenidos no humaniza. Montaigne expresó esto mismo, hablando de los objetivos de la educación con su célebre frase “es preferible una cabeza bien hecha que una cabeza bien llena.

Significa conseguir la capacidad y el hábito de integrar y organizar de tal manera los conocimientos previos del que aprende, que se haga más positiva la “transferencia” hacia nuevos aprendizajes; es decir, que cada experiencia de aprendizaje o trabajo intelectual,

mediante un “buen pensar”, tenga un efecto multiplicador sobre los subsiguientes aprendizajes y trabajos mentales.

Para llegar a esta adquisición y recuerdo de corpus de conocimientos que suponen la capacidad adquirida de organizar la información aprendida, hay una variable que influye definitivamente, y es la capacidad también adquirida de analizar y entender con claridad y orden lógico la información recibida a través del lenguaje oral y escrito, y saber retransmitirla una vez asimilada y transformada.

Pero este planteamiento didáctico debe ser acompañado de la reflexión siguiente: Lo que no se hace sentir no se entiende, decía Simòn Rodríguez, y lo que no se entiende no interesa. Sentido viene de sentir. Si queremos dar sentido a lo que hacemos, es evidente que el sentimiento, la intuición, la emoción, la percepción connotativa es el camino a seguir. Todo lo que el estudiante haga, tiene que tener sentido para él. Cualquier actividad, cualquier tarea sin sentido, lejos de educar, deseduca. El sentido no se traspa, ni se enseña; el sentido se construye, se hace y rehace en un proceso de descubrimiento y enriquecimiento permanentes.

No son los conocimientos, los saberes, las verdades y los valores que se trasmiten a través de discursos los que dan sentido a la vida. El sentido se entreteje de otra manera, desde las relaciones inmediatas, desde cada Ser, desde los sucesivos contextos en los cuales se vive, desde los procesos, desde las relaciones significativas.

Si el sentido se hace y se rehace en el hacer cotidiano, resulta claro que el sentido, dentro de la práctica educativa tiene que ser pedagógica, porque requiere de un método y en consecuencia, de estrategias y procedimientos pedagógicos. O promovemos un aprendizaje con sentido o por el contrario, imponemos un aprendizaje sin sentido. El aprendizaje con sentido forma protagonistas, seres para los cuales todos y cada una de las actividades, todos y cada uno de los conceptos significan algo para la propia vida.

En este orden de ideas, qué significa “significar en educación”. Significa ante todo dar sentido a lo que hacemos, compartir sentidos, impregnar de sentido muchas de las prácticas de la vida cotidiana y comprender el sinsentido de muchas otras.

De esta concepción dinámica, la educación no puede ser sino un proceso de elaboración de sentidos, o dicho de otra manera, la educación tiene que ser simplemente un proceso vital en donde el estudiante en forma inteligente y comprometida lograr crear y recrear sentidos.

En este contexto, la Mediación Pedagógica se entiende como el tratamiento de contenidos y formas de expresión de los diferentes temas de estudio, a fin de hacer posible el acto educativo, dentro del horizonte de una educación concebida como participación, creatividad, expresividad y relacionalidad.

Una universidad anclada en el traspaso de conocimientos termina por perder su sentido: el de la formación de seres humanos. No es con datos que se logra sino por la pasión por la comunicación, por la relación humana, por la aventura de realizarse como persona, a partir

de la construcción de conocimientos, de la creatividad, de la investigación, del intercambio de experiencias.

En nuestro siglo y desde hace mucho tiempo, hemos llegado a los límites de una educación sin sentido. La tarea es recobrarlo, para ello no podemos seguir insistiendo en viejas fórmulas, defendidas todavía con pasión, que establecen una división entre el saber y lo pedagógico y que subsumen o subordinan éste a aquél, con la consecuencia de dejar a los estudiantes a merced de un discurso carente de sentido para ellos.

En la relación presencial, la mediación puede surgir del trabajo en el aula y depende casi siempre de la capacidad y de la pasión del docente. En un sistema a distancia, los materiales encarnan esa pasión y son ellos quienes permiten al estudiante encontrar y concretar el sentido del proceso educativo.

El sentido es siempre relacional. Son las relaciones las que establecen y recrean permanentemente el sentido. La Mediación Pedagógica busca abrir el camino a nuevas relaciones del estudiante con los materiales, con el propio contexto, con otros textos, con sus compañeros de aprendizaje, incluido el docente, consigo mismo y con su futuro.

La Mediación de la que hablamos, la que hemos conocido y “sentido” a través del Instituto de Investigaciones y Mejoramiento Educativo de la Universidad de San Carlos, Guatemala, y de la cual somos ex-alumnos, la entendemos y asumimos que se entretiene y se defiende día a día, sin tregua, con una conciencia vigilante, con una confianza en futuro, porque de futuros se trata cuando uno compromete su tiempo y sus fuerzas a un proyecto educativo.

Desde los términos de esta ponencia, agradecemos al Comité Organizador su gentileza de habernos permitido compartir con tan digno Auditorio nuestras reflexiones sobre valores, educación y Mediación Pedagógica. Desde esta tribuna, saludamos y honramos a nuestros Maestros y Maestras de la Universidad de San Carlos, porque a través de su especialidad en docencia universitaria, nos encontramos con la Mediación Pedagógica como propuesta alternativa para una nueva educación. Gracias a ella, hemos redescubierto nuestra vocación docente, y hemos reiniciado nuestra carrera docente, llenos de optimismo pedagógico, con sentido de nuestro quehacer y en una nueva perspectiva para trabajar y motivar en nuestros alumnos esa “búsqueda personal y permanente de su “propio sentido de vida”.